

Arquitectura sacra en España, 1939-1975: Una modernidad inédita

Eduardo Delgado

Ha transcurrido mucho tiempo desde que González Amezcua señaló que la arquitectura religiosa ocuparía un lugar de gran importancia cuando se escribiese la historia de «la lucha española de posguerra por la arquitectura moderna» (1). Sin embargo, y pese a esa posición de protagonismo del género sacro en nuestra arquitectura, se mantiene un cierto vacío bibliográfico, que recorre el período que va desde la posguerra hasta las primeras obras después del Concilio Vaticano II. En esas tres décadas se produjeron arquitecturas de alta calidad y acertada experimentación, que admitirían ser propuestas como ejemplares y, a diferencia de otras arquitecturas civiles, han sido escasamente publicadas fuera de revistas especializadas.

En esos treinta años se adivina un camino quebrado, surcado de hallazgos y oscuridades. Hallazgos que, en consonancia con los que se realizaban fuera de nuestro país, fueron los que crearon el ambiente sobre el que se basaron no pocas decisiones del Vaticano II en relación con la reforma litúrgica.

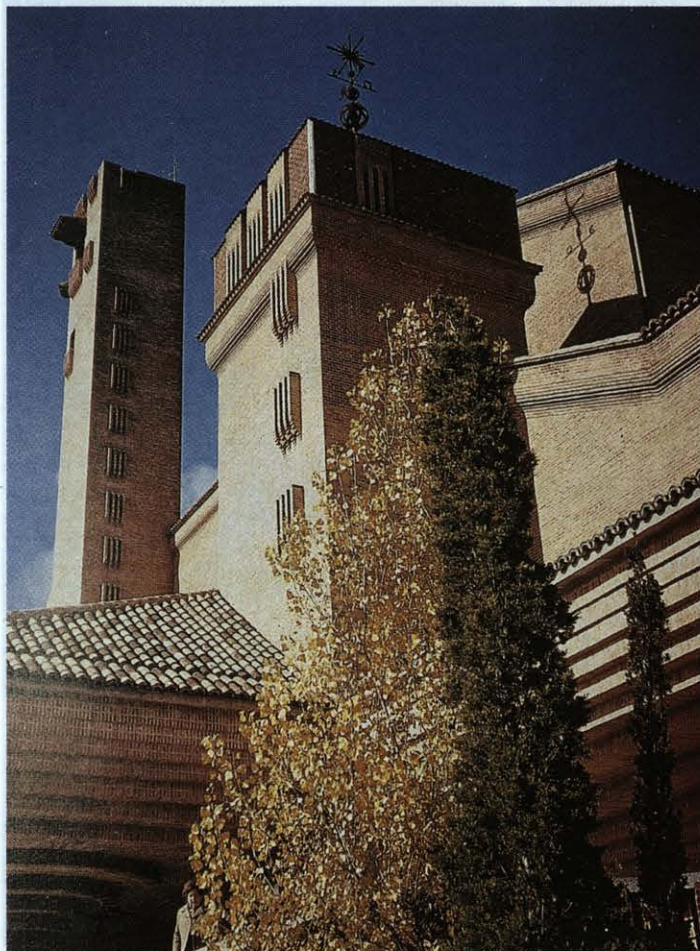
1939 - 1948: LA TRAVESIA DEL DESIERTO

El resultado material de la guerra civil es desolador; habiéndose constituido no sólo en campo de experimentación de la guerra moderna para los futuros contendientes en la guerra mundial, sino también en frente ideológico, los bandos participantes se emplearon a fondo dejando al país en la más absoluta miseria material. Los años de la inmediata posguerra se reparten entre la necesidad de dotar de vivienda a la población, la reconstrucción del Patrimonio y los grandes proyectos con los que se desea emular a los regímenes alemán e italiano y mostrar dentro y fuera del país que la situación no es desesperada.

En el género sacro, estos primeros años manifiestan el ambiente cultural generalizado: salvo muy contadas excepciones, las obras de esta primera década se someterán al dictado historicista y antimoderno de la arquitectura oficial.

En Madrid, el Concurso para la terminación de la Catedral de la Almudena (1941) resulta una referencia obligada acerca de por dónde, autoridades eclesiásticas y del régimen —en sintonía—, piensan debe discurrir la nueva arquitectura. También son expresión de las inquietudes del régimen otros concursos que, sin ser estrictamente de carácter religioso, sí apuntan una cierta idea de trascendencia. Ejemplar resulta en este sentido la Gran Cruz del Valle de los Caídos, levantada como respuesta a un deseo personal del General Franco.

Dentro de las grandes operaciones del régimen para la modernización del país, cabe inscribir la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). No deja de resultar sintomático que la primera piedra del conjunto sea precisamente la Capilla. El proyecto —ópera prima de Miguel Fisac— se levanta sobre los restos del auditorio del Instituto-Escuela, de Arniches y Domínguez (1931-33). La herencia de tres metros perimetrales de muro desnudo y la intuición del joven Fisac producirán en tan temprana fecha como 1942-43 un aislado destello de limitada modernidad, a medio camino entre la



Santuario de Torreciudad, 1970 - 75 (Dols)

abstracción proveniente de Italia, y el sabor rancio de nuestra tradición.

En este ambiente —nacionalista a ultranza como consecuencia del aislamiento internacional—, la mejor articulación frente a la modernidad corresponde a la autoridad de Luis Moya; quien en 1946 recibe el encargo de una pequeña parroquia en los alrededores del Viso. El caso de San Agustín es un acercamiento a la histórica discusión entre centralidad y direccionalidad. Moya se decanta por el espacio centralizado como mejor expresión de la perfección de lo sagrado; sin embargo, buen arquitecto, sabe que el espacio direccional sirve mejor a la liturgia; y en consecuencia alargará aquel espacio ideal hacia la forma elíptica, alineándose así con algunas de las mejores experiencias tardorromanas.



Iglesia parroquial en Villalba de Calatrava, 1955 (Fernández del Amo)

1949 - 1954: AÑOS DE UTOPIA

Transcurridos diez años del término de la guerra civil, el panorama cultural observa un notable enriquecimiento. Los viajes (2) y la pronta maduración de la generación de arquitectos titulados en la posguerra van a acelerar la formación de una cierta vanguardia no exenta de utopismo. Es la generación formada por los Fisac, Sáenz de Oiza, Sota, Cabrero y Coderch, entre otros.

En lo sacro, va a ser la iniciativa privada de Órdenes religiosas la que sepa acompañar la modernización. En 1949, y con muy pocos meses de diferencia, se convocan dos Concursos cuyo fallo marcará esa evolución: la Merced en Madrid, y Aránzazu, en Guipuzcoa. Estos dos Concursos –ganados ambos por el equipo

Sáenz de Oiza-Laorga–, presentan, no obstante, caracteres bien diferenciados. La Basílica madrileña es una iniciativa de los Mercedarios, que plantea una solución en el ensanche de lo que se pretende una capital moderna; Aránzazu es una advocación de larga raigambre en el abrupto paisaje vasco, encomendada a la Provincia Franciscana de Cantabria.

En el Concurso de la Merced, Sáenz de Oiza y Laorga muestran una inteligente valoración de las condiciones que concurren para la ocasión; a saber, la revisión de la tipología religiosa en España –ya planteada con fuerza en el resto de Europa–, el carácter español, ligado a la empresa americana y la oportunidad de definir el crecimiento de la ciudad.

Aránzazu significa un paso más; su entorno geográfico resultaba menos condicionante que la rígida manzana madrileña. Se plantea un rompimiento de la simetría exterior acusando la relación con el paisaje. Sin embargo, como en Madrid, la planta es basilical-tradicional, con la presencia incluso de una especie de girola o deambulatorio de acceso al camarín de la Virgen, un tanto decepcionante para quien pretendiese encontrar aquí una modernidad superficial. En su realidad construida de un cierto naturalismo abstracto y por encima de todo en su intemporal espacio interior –poética evocación de la montaña vasca– se hace la apuesta por el futuro, manteniendo deudas más o menos explícitas con algunas de las mejores arquitecturas europeas del momento.

El enriquecimiento derivado de la participación de unos jovencísimos Lara, Oteiza, Chillida, Basterretxea, Egaña, Álvarez de Eulate o Lucio Muñoz terminarán por convertir este Santuario vasco en una referencia obligada para la historia del arte sacro, a pesar de la prohibición que durante años pesó sobre la estatuaría de Aránzazu –o puede que precisamente por dicha prohibición–.

Para entonces, la efervescencia de la nueva arquitectura en España es ya imparable. Obras como la Delegación Nacional de Sindicatos –Concurso ganado ex-aequo por Cabrero y Aburto–, el Alto Estado Mayor, de Gutiérrez Soto y, en otro orden, las primeras obras orgánicas de Miguel Fisac o el edificio de viviendas en la Barceloneta de Jose Antonio Coderch ostentan el protagonismo en el debate arquitectónico.

En este contexto, dos propuestas teóricas van a señalar el norte de la nueva arquitectura religiosa española: el atrevido y polémico proyecto de Basílica Catedral para Madrid, de Cabrero y Aburto, presentada en la I Bienal Hispanamericana de Arte, y la Capilla en el Camino de Santiago, de Oiza y Romaní con la importante colaboración de Oteiza, Premio Nacional de Arquitectura 1954.

La calidad de las obras presentadas en aquella I Bienal resultó ciertamente desigual y careció de la relevancia que sus promotores hubieran deseado. El proyecto de Cabrero y Aburto ofrece un volumen de un solo espacio, que busca la optimización visual y acústica (1). La definición espacial viene determinada por una sucesión de pórticos paralelos que irían aumentando en altura y disminuyendo el vano, coincidiendo el más alto con el presbiterio. Parte de su modernidad se manifiesta en la ausencia del ornato tradicional en los edificios de carácter religioso. El premio, no obstante, fue declarado desierto por disensiones entre los arquitectos encargados de valorar las propuestas, mostrando, como en Aránzazu, el aislamiento de la vanguardia.

La convocatoria del Premio Nacional de Arquitectura de 1954 se hizo bajo el tema de una Capilla en el Camino de Santiago; y el único proyecto presentado fue el de Oiza, Romaní y Oteiza: “un poco de fantasía que intenta fomentar nuevas ideas sobre este arte”. Los arquitectos, además de una propuesta que no tenía nada que envidiar a otras fuera de nuestras fronteras, incorporaron las nuevas conquistas de la técnica en la consecución de estructuras espaciales, superando así la dependencia de las técnicas tradicionales para los espacios sacros.

El ambiente de los primeros cincuenta se decanta decididamente por la modernidad –salvando tal vez la elaborada y complejísima obra de Luis Moya–, para recuperar el tiempo

perdido. Ejemplos como el C.M. de Santo Tomás de Aquino (1953) —el Aquinas— encargo de los Dominicos a Rafael de la Hoz y José M^aG^a de Paredes en Madrid, representan hasta qué punto el «Estilo internacional» ha sido asumido, en su versión actualizada de esos mismos años 50, por los arquitectos españoles.

Este ejemplo no es casual; la orden de Santo Domingo va a acompañar, fiel a su tradición, el camino de la modernización en la tipología religiosa. Nombre propio dentro de esta historia es el del P. Jose Manuel de Aguilar, por entonces prior del Convento de Atocha y director de la residencia aneja, donde coincidirán en su etapa de estudiantes otros protagonistas de la misma historia: De La-Hoz, G^a de Paredes, Vázquez Molezún, Pascual de Lara... También en Atocha nacerá el Movimiento de Arte Sacro (1955), iniciativa dominicana para estímulo y orientación de artistas, en coloquios doctrinales, concursos, exposiciones y ensayos de realización. Finalmente, Atocha será el germen del Aquinas.

No hay que olvidar que en Francia y por estos años, otro dominico, el P. Le Couturier, está proponiendo a un arquitecto amigo suyo el proyecto de reconstrucción de la capilla de peregrinación de Notre Dame du Haut: será el Ronchamp de LC. Después vendrá el convento de La Tourette.

En España, no obstante, el arquitecto de los Dominicos va a ser Miguel Fisac; tras su estancia en tierras nórdicas ha sufrido una especie de catarsis, que le llevará desde una cierta actualización del clasicismo —que él mismo considera fallida— hacia posturas organicistas. Dentro de esta evolución, pero conservando aún reminiscencias del pasado, se encuentran dos obras clave: los conjuntos de Arcas Reales en Valladolid y el Teologado de San Pedro Mártir en Alcobendas. La preocupación por la mejor agrupación de los fieles alrededor del altar acabará dibujando una planta de generación hiperbólica, revolucionaria para su momento. Por su calidad espacial, fruto de un magistral manejo de la luz, Arcas Reales y sobretodo Alcobendas marcan un antes y un después en la arquitectura sacra de nuestro país.

1955 - 1959: EXPERIENCIAS EJEMPLARES

En lo que se refiere a la iniciativa de la iglesia secular, dos acontecimientos son destacables: la ejemplar experiencia de Vitoria y el concurso para la parroquia de San Esteban Protomártir en Cuenca.

En Vitoria, el Obispo Peralta, aconsejado por el omnipresente P. Aguilar, contacta con los mejores arquitectos españoles del momento; éstos deben proyectar cinco nuevos complejos parroquiales en el ensanche de la capital. Se forman varios equipos: Carvajal-G^a de Paredes; Oiza-Romaní; Corrales-Molezún; Sota y Fisac. Resulta especialmente interesante esta convocatoria pues permite estudiar con detenimiento muy diferentes métodos de aproximación proyectiva. Hay un ejercicio de originalidad e intimismo en Sota; de radicalidad en Carvajal; y de oficio en Corrales y Molezún; el ejercicio de Fisac está inmerso en su personal evolución en una tipología ya muy trabajada. A la postre sólo las iglesias de Carvajal-G^a de Paredes y de Fisac llegan a buen puerto; pero Vitoria quedará como modelo operativo para la Jerarquía más culta, a imagen de la diócesis boloñesa del cardenal Lercaro en Italia.

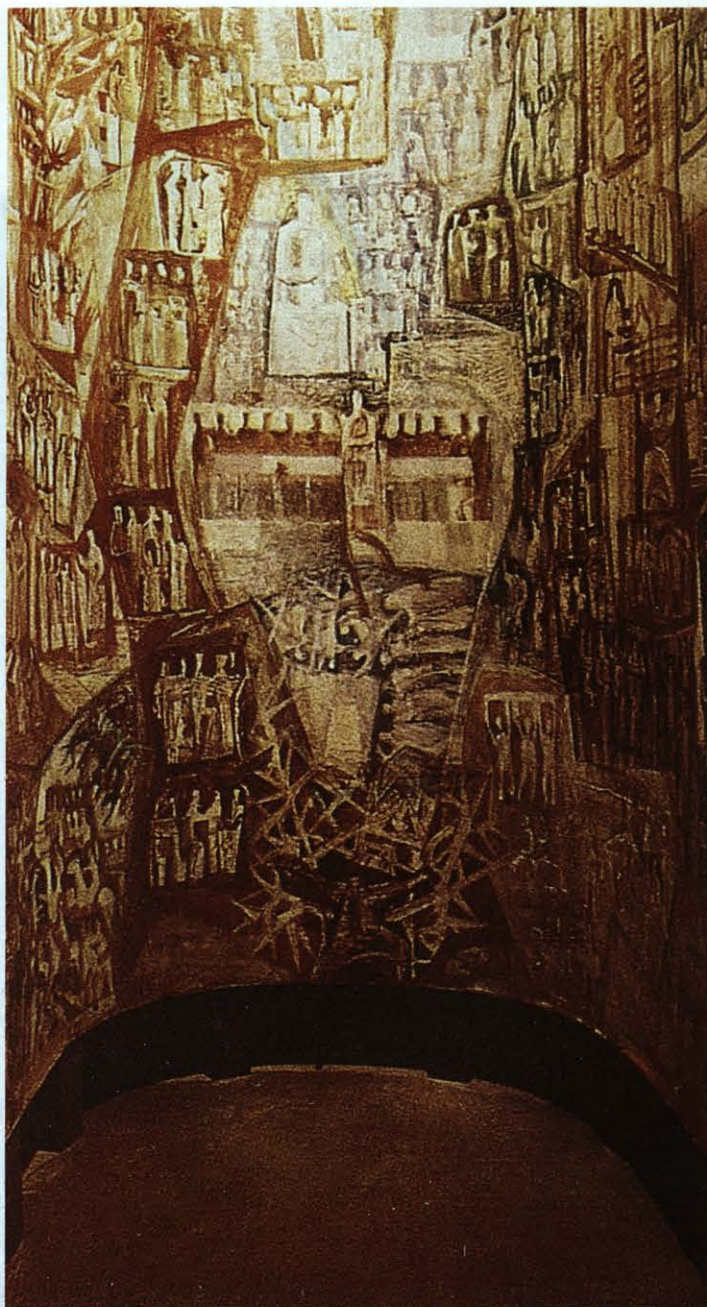
El caso de Cuenca es a priori más restringido y convencional. Se trata de un Concurso para la edificación de una nueva parroquia. Pese al gran esfuerzo de los participantes, el concurso puede considerarse una oportunidad fallida. Fallida por la falta de criterio del Jurado en la adjudicación de premios, por el descontento de los concursantes y en definitiva, y parece lo más importante, por el resultado final. La sola presencia de Sota, Fisac, G^a Paredes o un jovencísimo Fernández Alba, habla del interés despertado por el concurso. Sin embargo resulta significativo del mencionado fracaso, que de los nombres anteriores sólo la propuesta de Fisac obtuviese un segundo premio y la radicalidad de Sota una triste segunda mención.



Colegio Apostólico en Arcas Reales, 1952 (Fisac)

Otra página, casi anónima, de esta historia va a ser escrita desde Regiones devastadas y el Instituto de Colonización. Entre los años 50 y 70 como consecuencia del destroz de la guerra civil así como por un deseo, no exento de utopismo, de ocupación y explotación del territorio nacional, se levantaron agrupaciones independientes de viviendas para colonos propietarios de parcelas de cultivo. Por su originalidad, estos Poblados significaron una interesante plataforma de experimentación arquitectónica; una especie de laboratorio-puente entre el recurso al regionalismo de la posguerra y una arquitectura más moderna, de raíz organicista.

En cuanto al tema que ahora nos ocupa, dentro de la imprescindible dotación de los poblados se encuentra la religiosa. Para ella, además de ejemplares ejercicios proyectivos,



Ábside de Aránzazu, 1952 (Pascual de Lara)

Teologado de Alcobendas, 1955 (Fisac)



arquitectos como Fernández del Amo o Sota supieron concitar siempre que fue posible colaboraciones de artistas que enriquecieron de modo casi anónimo nuestra geografía rural.

La obra de Fernández del Amo en los Poblados de Colonización requiere una atenta revisión, en la que habrán de descubrirse las inequívocas fuentes de arquitecturas tan dispares como la de Antonio Fernández-Alba, Julio Cano Lasso y otros arquitectos que se han movido entre el racionalismo ecléctico y la tradición moderna.

1960 - 1964: LA MAYORÍA DE EDAD

Alcanzado en los cincuenta un nivel de modernidad equiparable a nuestro entorno más próximo, se van a dar en este período indiscutibles obras maestras. Es el caso de Torres Blancas (1962-67), de Sáenz de Oiza; los ejercicios miesianos de Cabrero en Madrid: Pabellón de Exposiciones de la Casa de Campo (1964) y Edificio para el Arriba (1962); o el pequeño Gimnasio del Colegio Maravillas (1962) de Alejandro de la Sota. Estas obras son el decantamiento de una evolución, el fruto maduro de años de brega profesional e intelectual.

De modo análogo, otro tanto va a suceder en el capítulo de la arquitectura religiosa; en el período que abarca el primer lustro de la década de los 60 se van a producir excelentes ejemplos, muchos de ellos consecuencia de la experiencia de sus autores.

Otro fenómeno típicamente español, los Poblados de absorción, va a ser el marco apropiado para algunas de estas obras: la iglesia de Entrevías, de Sáenz de Oiza, para el mítico Padre Llanos, o la iglesia de Almendrales de Jose María G^a de Paredes. Este pequeño complejo parroquial significa la puesta en funcionamiento de los originales recursos espaciales ideados por su autor para el concurso de Cuenca. A partir de un módulo que resuelve en sí estructura, iluminación y ventilación, G^a de Paredes genera un espacio isótropo. El origen remoto de este espacio se encuentra en el tipo de la mezquita; aunque una referencia más próxima podría ser el pabellón de España en Bruselas de Corrales y Molezún, o algunas experiencias contemporáneas de Louis Kahn en EE UU.

Una reelaboración de esta uniformidad espacial se encuentra en la iglesia del Convento de la Alameda de Málaga, del mismo autor, aunque aquí una sustancial variación en las condiciones de proyecto —entorno urbano más consolidado, programa conventual complejo y resuelto en altura, etc— enturbian algo el idealismo de la propuesta de Almendrales.

Otro ejemplo digno de reseña es la iglesia de los PP. Carmelitas en la calle Ayala de Madrid. En la dilatadísima obra de Gutiérrez Soto, se trata de la única iglesia de importancia construida. Para explicar el éxito de esta obra hay que recurrir a su experiencia en los espacios para espectáculos (4). Desde antes de la guerra, Gutiérrez Soto había proyectado multitud de salas de cine, algunas de ellas muy destacables; y ésta va a ser, sorprendentemente, la fuente de inspiración para este edificio. Es en la disposición de las ajustadas circulaciones y en la habilidad para disponer la segunda planta a modo de palcos teatrales donde el arquitecto cimienta la calidad de esta obra. Resulta llamativo asimismo el acierto en el empleo de los materiales —ladrillo, madera y hierro— para conseguir una ambientación sobria y cuidada, muy acorde con la sinceridad que por esos años será reclamada por los Padres conciliares del Vaticano II.

Fuera de Madrid, en León, se está levantando el Santuario de la Virgen del Camino, primera obra de Francisco Coello de Portugal, que, tras titularse como arquitecto en la generación de Javier Carvajal (1953), había ingresado en la Orden dominicana. El P. Aniceto Fernández, Provincial de España, le reclamó para esta obra, otro modelo de colaboración entre arquitectos y artistas, en este caso un jovencísimo Josemaría Subirachs.

También en Castilla parece obligado citar a un joven arquitecto que habrá de destacarse en este género durante los sesenta y los setenta: Antonio Fernández Alba. En el concurso

de Cuenca, con un proyecto de aires aaltianos, supo marcar una atractiva tendencia, cuya primera obra construida le valió el Premio Nacional de Arquitectura: el Convento del Rollo en Salamanca. Se trata de una obra de renovación de la tipología conventual. El conjunto se organiza en torno a un claustro, aunque no a la manera tradicional: sólo se ocupan las dos mejores orientaciones para dormitorios, que además se disponen escalonadamente. También en la iglesia se aprecia la renovación tipológica, con una planta en forma de abanico, que ya había sido utilizada por Cabrero y Aburto en el proyecto para la catedral de Madrid o por Fisac en varios ejemplos, y procura la optimización participativa de los fieles. No obstante el uso más o menos tradicional de los sistemas y materiales de construcción, hay que reconocer en el Convento del Rollo otro hito en la historia que estamos contando.

1965 - 1975. CONCILIO Y TRANSFORMACIONES TIPOLOGICAS

El 25 de enero de 1959, Juan XXIII comunicó su designio de convocar un Concilio. Sus objetivos habían sido ya esbozados en la Encíclica Ad Petri Cathedram (1959): "promover el incremento de la Fe católica y una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano, y adaptar la disciplina eclesiástica a las condiciones de nuestro tiempo".

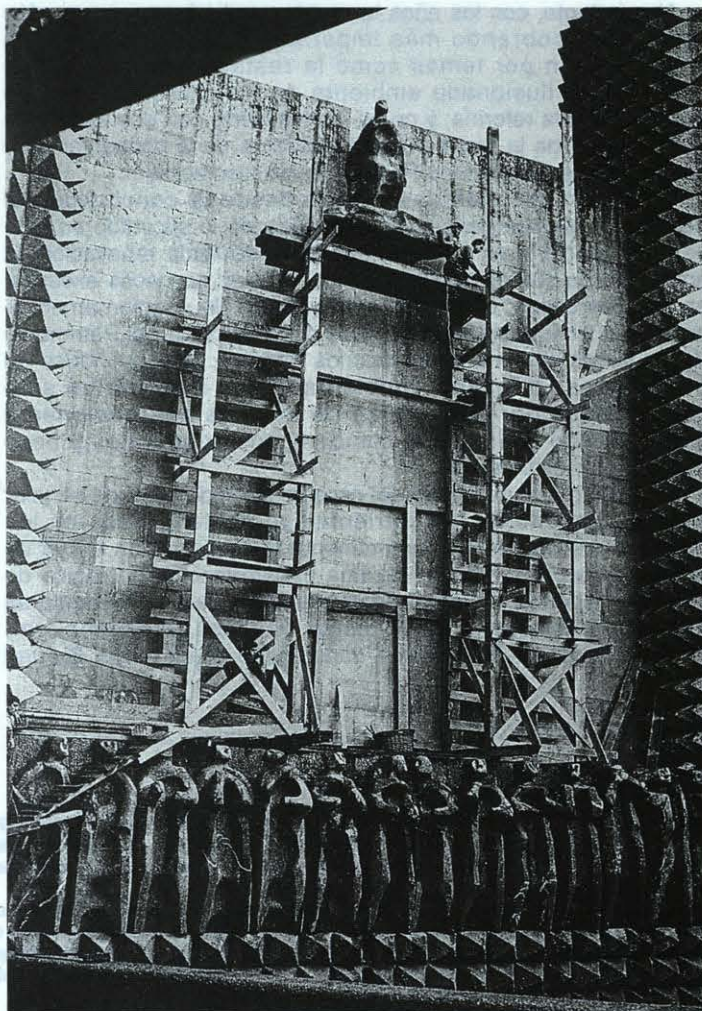
En el orden litúrgico, el Vaticano II venía a recoger toda una corriente de renovación que pretendía un mayor acercamiento del laicado a los misterios de su Iglesia; este espíritu fue el alma de la Constitución Sacrosanctum Concilium, origen de las reformas realizadas desde entonces. Sentados los principios teóricos de renovación, incumbía ahora a artistas y arquitectos transformar en propuestas reales el nuevo espíritu.

En España, la década de los sesenta, en parte como consecuencia del Plan de estabilización de 1959, estaba significando el realineamiento con los países del mundo occidental. Esta situación se tradujo en rápidos crecimientos urbanos y dotaciones religiosas de baja calidad, de ninguna manera heredadas de las hasta aquí estudiadas. Indudablemente habría que salvar algunos ejemplos; pero este momento señala una fractura con la experimentación y los resultados de años anteriores.

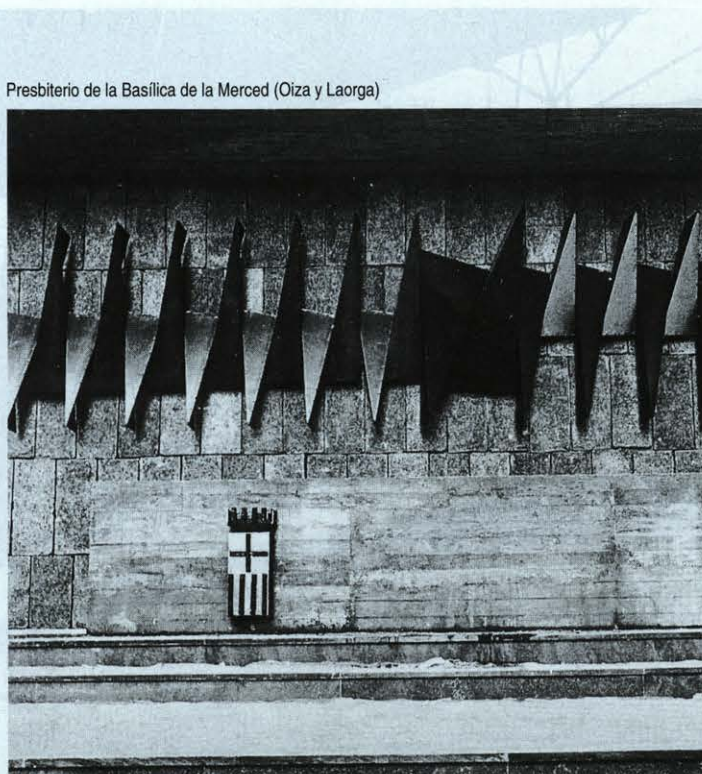
Esos mejores ejemplos van a ser firmados por los autores ya familiarizados con el género sacro, cerrando, en muchos casos, un ciclo iniciado con las obras de reconstrucción de Madrid tras la guerra civil: es el caso de Fisac, de Luis Moya –tímidamente abierto a la imparable modernidad–, de Fernández del Amo, del equipo Laorga-López Zanón; de Corrales o de G^a-Pablos.

Pocos arquitectos tan sensibles y preparados como Fisac para la renovación. Consciente de su responsabilidad e ilusionado con ella se convierte en verdadero protagonista de estos primeros años de posconcilio. En 1965 Fisac proyecta y construye el complejo parroquial de Santa Ana, en el joven y populoso barrio madrileño de Moratalaz. Es una propuesta audaz y llena de vigor plástico. El planteamiento espacial tiene que ver con la nueva disposición de los fieles alrededor del altar para que la participación sea más directa. Para ello –con un proceso discursivo análogo al seguido en Alcobendas– Fisac "inventa" la forma de Santa Ana. Para completar su atractivo diseño, Fisac "hiere" el muro curvo del presbiterio con tres cavidades, que responden a los diferentes momentos de la celebración litúrgica: la central, para el altar –ara del sacrificio–; a la izquierda, el conjunto sede-ambón y a la derecha, el sagrario. El conjunto se culmina mediante una cubierta de "huesos" de hormigón.

En la introducción de la reforma litúrgica, tuvo particular importancia la fundación de la revista ARA (Arte Religioso Actual), que supo aglutinar con el prestigio de su fundador, el P. Aguilar, la tendencia litúrgica renovadora, dando difusión a las notas aclaratorias del Concilio (5) y a las obras que en ese momento encarnaban la vanguardia en España, Europa y en la América de habla hispana.



Fachada del Santuario de Aranzazu, 1950 (Oiza y Laorga)



Presbiterio de la Basílica de la Merced (Oiza y Laorga)

No obstante, con los años la revista perdió fuerza en su afán renovador, cobrando más importancia en sus páginas la preocupación por temas como la restauración. Era difícil mantener el ilusionado ambiente de los primeros años de aplicación de la reforma; y no es menos cierto que esa aplicación puso encima de la mesa el difícil problema de la conservación y finalidad del extraordinario Patrimonio artístico eclesial.

Transcurridos más de 30 años desde la conclusión del Vaticano II, parece pertinente un análisis de lo sucedido en este período. Lo cierto es que, además de la deseada renovación, la aplicación de sus disposiciones trajo consigo no pocos excesos; en algunos casos, un malentendido deseo de «aggiornamento» propició el enriquecimiento de unos pocos a costa del Patrimonio varias veces centenario de muchos templos, destruyéndose en pocos años -o meses- ambientaciones que habían sido conformadas por el esfuerzo de muchas generaciones y malvendiendo sus tesoros como objetos arcaizantes y poco acordes con los tiempos.

En cuanto a la evolución del espacio sagrado hay que señalar el reforzamiento de las corrientes ya contempladas en los períodos precedentes. Concretamente la participación activa de los fieles propició, además de una transformación tipológica de primera magnitud, como lo es que el altar pase a presentarse exento, el abandono de la planta basilical tradicional con predominio del eje longitudinal, dando paso a una mayor libertad

en las trazas de los templos. El desdoblamiento del foco de atención del altar al conjunto ambón-sede-altar, también va a dar lugar al desarrollo del eje transversal, o bien, al adelantamiento del presbiterio, ganando presencia ante la asamblea.

También hay que señalar como transformación tipológica de importancia un distinto entendimiento de la presencia urbana del templo. Sin restar importancia a su carácter trascendente, hay que reconocer razonablemente la imposibilidad de competir en tamaño con los bloques de vivienda y otras tipologías que pueblan hoy nuestras ciudades; ésto acentúa la necesidad de recurrir a mecanismos arquitectónicos de calidad para conseguir esa presencia.

Si en cualquier obra se requiere la coherencia y la competencia, hay géneros en los que resulta imprescindible. Uno de ellos es el que nos ocupa. Se trataría de una especie de madurez, aplicada en este caso a la capacidad de ideación. Si volvemos la vista a la historia, recordaremos que éste ha sido el modelo que mejores frutos ha cosechado: confianza en la experimentación responsable de los mejores, amplitud de miras y magnanimidad.

Hoy, como en todas las épocas, nuestra sociedad necesita de la confianza en el hombre moderno, dotado de una religiosidad que nadie ha sido capaz de arrancarle, y «unir -así- nuestras voces al admirable concierto que los grandes hombres entonaron a la fe católica en los siglos pasados» (6). ■

N O T A S

1.- GONZÁLEZ AMEZQUETA, A. Las iglesias de Fisac. Hogar y Arquitectura 57, Marzo - Abril 1965. p.49

2.- Son ya míticas, entre otras, las estancias de Sáenz de Oiza en Estados Unidos y de Fisac en los Países Nórdicos. Cano Lasso trabajó conocimiento con el racionalismo holandés en un viaje a Hilversum en 1949; Gutiérrez Soto viajó a Estados Unidos y Brasil en ese mismo año. Otros arquitectos como Vázquez Molezún o García de Paredes disfrutaron de estancias becadas en Roma y éste último dedicó dos años a conocer las principales arquitecturas europeas.

3.- En el ambiente del momento está presente la necesidad de responder de modo riguroso a las solicitudes técnicas y funcionales de los edificios.

4.- Sin llegar al extremo de la iglesia "drive in" que Richard Neutra proyecta y construye en USA, hay que advertir, tomando como base la iglesia de la calle Ayala, que la tendencia a una creciente participación activa de los fieles en la acción litúrgica, se traduce en la transformación del espacio eclesial hacia un espacio de espectáculo, entendido en su más noble acepción, y sin olvidar la unción debida al género sacro.

5.- El **Consilium** fue un órgano creado por la Santa Sede para orientar en la aplicación de las normas dictadas por el Concilio a las Iglesias locales. Durante algunos años fueron frecuentes las consultas y notas aclaratorias de este género.

6.- Cfr. Concilio Vaticano II, Constitución **Sacrosanctum Concilium**, sobre la sagrada liturgia, núm.123.



Parroquia de N.ª S.ª de la Coronación. Vitoria (Carvajal)